

BELLEZA, ETNICIDAD Y CONDICIÓN FEMENINA EN LA NOVELA DE ESMERALDA SANTIAGO *WHEN I WAS PUERTO RICAN*

Mn Dolores Raventós Conill
Escola Oficial d'Idiomes de l'Hospitalet del Llobregat

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1992) presenta dos definiciones diferentes de la palabra "belleza":

1- "Propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas".

2- "Mujer notable por su hermosura".

Por otra parte, la definición de "hermosura" dice: "Belleza de las cosas que puede ser percibida por el oído o por la vista".

En estas definiciones hay varios aspectos que cabe destacar: en primer lugar, la relación entre belleza y amor, belleza y arte, belleza y naturaleza; en segundo lugar la "cosificación" o conversión en objeto de aquello que amamos: no se trata sólo de un ente pasivo sino, abiertamente, de una "cosa", según la definición. En tercer lugar, la equiparación entre la idea de "belleza" y la idea de "mujer". Y finalmente, el carácter sensual de la belleza, pues es aprehendida principalmente por los sentidos.

Son sólo tres definiciones que por lo tradicional de su planteamiento dejan en el aire numerosas preguntas: ¿Puede la mujer verse reducida de un plumazo a la categoría de objeto? ¿Es un objeto de deseo espiritual o físico? ¿Puede la razón interferir en el mundo de los sentidos? ¿Hay realmente vínculos profundos entre la ética y la estética? ¿Quién determina cuáles son las "propiedades" citadas en la definición que forman la esencia de la belleza? ¿Se trata de propiedades que el ser humano fija de manera subjetiva o se trata de una convención social y cultural? En definitiva, ¿quién decide qué es lo bello o quién lo es?

El propósito de este artículo es analizar qué respuesta da a estas preguntas la escritora puertorriqueña Esmeralda Santiago en su novela *When I was Puerto Rican* (*Cuando yo era puertorriqueña*). Si la belleza es una cualidad que se percibe por la vista, la protagonista de la novela aprecia de manera inmediata dos aspectos básicos de su identidad al mirarse en el espejo: por un lado, sus características étnicas -color de piel, ojos, cabello- y por otro, su condición de mujer. Por ello, el análisis de la idea de belleza en la novela de esta escritora se llevará a cabo a partir de los cánones establecidos por la comunidad étnica a la que pertenece y por su condición de mujer: es mujer y puertorriqueña. En el apartado dedicado a la etnicidad, veremos primero lo que significa ser puertorriqueña en una sociedad mayoritariamente blanca, anglosajona y protestante y cómo esta oposición determina la valoración de la belleza desde el punto de vista de las convenciones sociales; trataremos también la dicotomía entre el campo y la ciudad y la equiparación de naturaleza y belleza; y veremos cómo la afectividad y la proximidad emocional de los vínculos familiares llevan a percibir la belleza de una manera totalmente subjetiva. En el segundo apartado, dedicado a la condición femenina, veremos cómo la belleza de la mujer en la comunidad puertorriqueña es una cualidad valorada desde un punto de vista patriarcal, que convierte a la mujer en objeto sólo apto para el matrimonio, y cómo el arte se convierte en vía de escape y de autorrealización ante esta realidad asfixiante.

La novela *When I was Puerto Rican*, escrita en inglés y publicada en 1993, se inscribe en el marco de la literatura escrita por mujeres hispanas en los Estados Unidos y ha sido, junto con

Una casa en Mango Street de la escritora chicana Sandra Cisneros, uno de los grandes éxitos editoriales de la literatura producida por minorías étnicas en este país. Cabe recordar aquí que el censo del año 1990 fija la cifra de hispanos en Estados Unidos en 22 millones de habitantes, los cuales, sin tener en cuenta los tres millones de emigrantes ilegales, suponen un 9% del total de la población; de hecho, se prevee que la minoría hispana será la más numerosa en el año 2000. El antropólogo Manuel Luis Carlos (1988: 91) distingue varios subgrupos entre los hispanos: el chicano o mejicano-americano (60%), seguido del puertorriqueño (10%), el cubano (5%), y otros de origen suramericano y centroamericano. Desde el punto de vista económico, la minoría más desfavorecida es la puertorriqueña.

Sin embargo, los puertorriqueños presentan una característica que les diferencia significativamente de otros hispanos: son ciudadanos estadounidenses desde su nacimiento. Desde la llegada de los conquistadores hace quinientos años, Puerto Rico nunca ha sido independiente: primero perteneció a España y, desde 1898, a los Estados Unidos. Durante todo este siglo, la emigración de la isla al continente ha sido continua, intensificándose especialmente después de la Segunda Guerra Mundial gracias al establecimiento de tráfico aéreo a muy bajo precio entre Nueva York y San Juan. Actualmente hay 3.5 millones de puertorriqueños en la isla y 2.5 millones en el continente, concentrados sobre todo en la ciudad de Nueva York, donde representan el máximo exponente de la pobreza. Sin embargo, los habitantes de la isla no se sienten ciudadanos del país más rico de la tierra: su miseria, sus tradiciones y su predilección por el idioma español les hace sentirse diferentes, y cuando se refieren a la gente del continente les llaman "Americanos" o "USAnos", aunque ellos compartan esa nacionalidad; sus compatriotas en Nueva York son "nuyoricans" y ellos mismos se autodenominan irónicamente "AmeRicanos".

Existe asimismo otro elemento que distingue a este grupo de los demás: el color de la piel. Dado que la mayoría de la población indígena murió durante la época de la conquista española, el puertorriqueño actual aparece como fruto del mestizaje entre la población blanca y los esclavos negros, traídos de África para trabajar en las plantaciones de azúcar. Como dice un proverbio isleño, "Si no es dingo es mandingo", refiriéndose a la inevitable pertenencia a una u otra tribu africana. El color de la piel de los isleños, más o menos claro, pero siempre oscuro, ha llevado a los encargados del censo estadounidense a incluirlos en la minoría negra antes que en la hispana, y ha reforzado así su situación de marginación.

Este preámbulo se hace necesario para comprender cuáles son los parámetros que definen el ideal de belleza en la novela de Esmeralda Santiago. Con un fuerte cariz autobiográfico, *When I was Puerto Rican* relata la infancia y la adolescencia de una muchacha llamada Negi. La infancia transcurre en Puerto Rico, donde la extrema pobreza y una inestable relación entre los padres llevan a la familia de la protagonista a emigrar del campo a la ciudad y de la ciudad al campo, cambiando de casa y de escuela continuamente. La entrada en la adolescencia tiene lugar en Nueva York, a donde se traslada con su madre y sus hermanos en busca de una vida mejor.

La primera representación de la belleza es la figura de la madre, percibida a través de los ojos de una niña de cuatro años; se trata de una imagen teñida de emotividad y fuertemente asociada a la naturaleza exuberante propia de la isla:

Un bananaquit voló hasta la espinosa rama de un limonero y miró de un lado para otro. Destellos de sol bailaban en las verdes paredes del bosquecillo sobre los altos arbustos [...], la tierra cubierta de ramas, tiernas morivivies y hierbajos moteados de florecillas azules. Mami canturreaba suavemente, mezclándose las flores amarillas y naranjas de su vestido con todo aquel verdor: un jardín milagroso con piernas y brazos y melodía. Su cabello, recogido sobre la nuca con una banda elástica, flotaba espeso y oscuro sobre su cintura, y mientras se

agachaba a coger las ramitas, se desparramaba sobre sus hombros y sus brazos, cubriéndole la cara y enredándose con las varas que recogía. (8)

Así pues, la madre, a quien a lo largo de la novela se refieren otros personajes como máximo exponente de la belleza, es descrita en términos sensuales: colores, sonidos y fragancias naturales enmarcan su figura y esta conjunción armoniosa la convierte a ella misma en un jardín. La frondosidad de la naturaleza caribeña corre pareja a la abundancia del cabello de la madre, y la identificación entre mujer y naturaleza tropical, fuertemente ligada a la idea de fertilidad, se erige así en genuino patrón de la belleza puertorriqueña. El paraíso de la isla y el paraíso de la infancia se convertirán en paraísos perdidos al entrar la protagonista en la adolescencia rodeada por la sordidez y la fealdad del Barrio neoyorkino.

La vida en plena naturaleza aparece en la novela constantemente como sinónimo de libertad y belleza; el sueño de Negi será convertirse más adelante en una "jíbara", palabra de connotaciones nacionalistas con la que los isleños designan a los campesinos. El mismo himno de Puerto Rico representa a la isla como una hermosa mujer y la asocia con la naturaleza:

[...] el himno de Puerto Rico, [...] decía que Borinquén era la hija del océano y del sol. Me gustaba imaginarme a nuestra isla como una mujer cuyo cuerpo era un jardín de flores, cuyos pies eran acariciados por las olas, una tierra cuyo cielo nunca se nublaba. (77)

Nuevamente se da aquí la identificación entre mujer, belleza y naturaleza tropical caribeña, entre lo femenino y la imagen del jardín, y se establecen asociaciones míticas entre las fuerzas de la vida -aire, tierra, agua, fuego- y la mujer. Cabe recordar aquí la tradicional imagería simbólica de países insulares como Irlanda o Puerto Rico, que han explicado el tema de la conquista por fuerzas extranjeras en clave femenina, equiparando a la isla con una hermosa mujer deseada y tomada contra su voluntad por fuerzas masculinas y brutales. La belleza de la mujer desata el deseo masculino como el potencial económico y estratégico de las islas despierta la codicia del invasor.

Sin embargo, el campo significa también atraso y pobreza: Negi y su familia sueñan con la vida en la ciudad -bien sea San Juan o bien sea Nueva York- porque allí se dispone de adelantos modernos como electricidad y agua corriente. Cuando la madre de Negi abandona su atuendo habitual al encontrar trabajo en una fábrica, la niña casi no la reconoce:

Mami se rizó el cabello y se puso laca, se empolvó la cara, se puso colorete en sus ya de por sí sonrosadas mejillas, y se pasó el pintalabios por sus rojos labios. Sus pies, habitualmente descalzos, se veían poco naturales sobre los altos tacones. Llevaba la cintura tan apretada que parecía como si le faltara una parte del cuerpo. Sus rasgos, empolvados y pintados, eran irreconocibles; las líneas que había trazado sobre las cejas y alrededor de los ojos y los colores que destacaban lo que siempre había sido perfecto eran una violación de aquel rostro que a veces reía y a veces lloraba y que a menudo se contraía de rabia. Deseé coger un trapo y borrarle todo aquello de la cara... (112)

De esta manera, el traslado a la ciudad supone la pérdida de la sensualidad y de las señas de identidad autóctonas, que quedan relegadas al medio rural. La ciudad representa el artificio y el maquillaje pasa a ser la máscara con la que la mujer se somete a un conjunto de convenciones sociales que le son ajenas. Paradójicamente, el acatamiento de esas convenciones y la transformación física que debe sufrir la madre de la protagonista supone también su liberación: el trabajo saca a la mujer de la miseria rural. Así pues, la valoración que se hace de la belleza o de su ausencia es percibida por la vista, se lleva a cabo de una manera subjetiva -el objeto en ambos

casos es el mismo, la madre, pero es percibida de manera diferente según las connotaciones que desprende su atuendo a los ojos de la niña- y tiene una dimensión espiritual, afectiva y simbólica -la madre es bella cuando representa lo natural y el amor materno y no lo es cuando representa artificio y anuncia soledad a la niña.

Sin embargo, no sólo en la isla y en la figura de la madre encuentra la protagonista referencias a su identidad étnica. Después de la madre, la realidad más inmediata a Negi es su familia, sus numerosos hermanos y hermanas. Cuando a los cuatro años comienza a indagar sobre su aspecto físico descubre que su apodo es símbolo de lo oscuro de su tez, y eso le lleva a establecer comparaciones con los demás miembros de su familia, claro exponente de la variedad étnica en la isla. Su nombre y su físico se convierten en pilares de su identidad:

Pensaba que yo no tenía ningún apodo hasta que (Mami) me dijo que no me llamaba Negi sino Esmeralda.
[...]

"¿Por qué todos me llaman Negi?" "Porque cuando eras pequeña eras tan oscura que mi madre dijo que eras una negrita. Y entonces todos empezamos a llamarte Negrita y al final lo abreviamos a Negi".

Delsa era más oscura que yo, marrón como una nuez pero no tan tostada por el sol como papá. Norma era más clara, rojiza y no tan pálida como mamá, cuya piel era sonrosada. Los amarillos ojos de Nelsa, de negras pupilas, parecían girasoles. Delsa tenía los ojos negros. Yo nunca había visto mis ojos porque el espejo estaba demasiado alto. Toqué mi cabello, que no era rizado como el de Delsa ni pasita como el de Papi. Mami me lo cortaba siempre en cuanto empezaba a taparme los ojos, pero yo había visto mechones castaños cerca de mis mejillas y de mis sienes. (13)

En el continente, las diferencias raciales quedan también subrayadas por la zona donde se vive. Cuando Esmeralda y su familia se trasladan a Nueva York, se instalan a vivir en "El Barrio", el gueto puertorriqueño. Lo primero que percibe la niña al llegar es la inmensa fealdad, la suciedad y la sordidez del entorno, acordes con la pobreza y marginación en que viven sus habitantes. En la escuela, los rasgos étnicos marcan las diferencias entre las diversas minorías; éstas defienden diferentes cánones de belleza femenina, basados en sus tradiciones culturales e ideológicas, y siguen sus propias modas:

Había otro grupo de chicas que iban muy maquilladas, se subían la faldas por encima de las rodillas, se desabrochaban un botón de más de la blusa y se peinaban con altísimos crepados que mantenían compactos con laca [...]. Esas chicas tan atrevidas con su cabello, su maquillaje y sus faldas cortas eran italianas. Los italianos se sentaban a un lado de la cafetería y los negros al otro. Los dos grupos se odiaban entre sí más de lo que odiaban a los puertorriqueños. [...] Las chicas negras tenían su propio estilo. A ellas no les iba el enorme y crepado peinado de las italianas. Llevaban el pelo estirado, rizado hacia arriba en las puntas[...] o recogido detrás bien alto con rizos y lacios flequillos sobre sus ojos de Cleopatra. También llevaban las faldas cortas, pero no parecía que se las hubieran subido cuando sus madres no las veían. Ellas venían así. Sus piernas eran fuertes y bien formadas y llevaban calcetines hasta las rodillas y pesados zapatos de cordones que se convertían en armas letales en las peleas. (229)

Este calculado énfasis en la diferenciación física se convierte así en una manera de apuntalar las propias señas de identidad, el sentido de "pertenencia" a un determinado colectivo. Ante la situación de discriminación que sufren las diversas minorías étnicas, sus miembros desarrollan un fuerte sentido de grupo para defenderse, cayendo a menudo en el racismo y la xenofobia que reprochan a la mayoría dominante. Negi no puede comprender que los negros odien a los puertorriqueños, ya que todos los habitantes de la isla tienen familiares de color.

A sus características raciales hay que añadir el hecho de que Negi es descrita como una niña "flacucha" y muy delgada; su madre bromea incluso diciéndole que parece que tenga la solitaria pero once hijos y poco dinero son augurio de hambre. Si la belleza es una cualidad que se

percibe por la vista, las características físicas mencionadas hacen más fácil la segregación racial en un país donde los estereotipos son fijados por la mayoría dominante, blanca, anglosajona y de tipo caucásico. Cabe recordar que en esa época, los años cincuenta, el estereotipo de belleza divulgado y ensalzado desde el cine y la publicidad estadounidenses es la rubia explosiva. Así se explica el estupor del tutor escolar de la protagonista cuando ésta, a los catorce años, le comunica sus deseos de convertirse en modelo. La noche anterior a la entrevista, Negi ha contemplado el desfile televisivo de las cincuenta muchachas más hermosas de América, presumiblemente blancas por estar aún vigente la política de segregación racial en esa época. En su inocencia, Negi aspira a ser como ellas. Los medios de comunicación transmiten los modelos que la mayoría dominante considera correctos y a las minorías sólo les queda imitarlos o rechazarlos. Negi no anhela sólo un ideal de belleza, sino todo lo que representa escapar a la fealdad y sordidez del gueto y llevar una vida mejor. Aunque el desfile es descrito como un acontecimiento cursi y de dudoso buen gusto, las duras condiciones de vida de la protagonista, su ingenuidad y su falta de prejuicios raciales le hacen considerar el mundo engañosamente idealizado que transmite la televisión como un sueño que aspira a conseguir.

Aparte de pertenecer a la minoría étnica puertorriqueña, hecho evidenciado por sus rasgos físicos y por el barrio donde vive, Negi forma parte también de otro grupo marginado: el de las mujeres. Éstas son las víctimas del sistema patriarcal hispano, que tiene sus raíces en un trasnochado concepto del honor legado por los conquistadores. La división del trabajo es estricta: el hombre sale a ganarse el pan para sustentar a su familia y la madre se recluye en casa al cuidado de los hijos. Cualquier intento de transgresión del orden establecido es castigado severamente por la comunidad y así, cuando la madre de Negi encuentra trabajo, las otras mujeres le niegan el saludo y la palabra. El concepto de belleza femenina pasa a ser definido en función de los intereses del varón, que es generalmente promiscuo y a veces incluso llega a mantener diversas mujeres e hijos simultáneamente. Las familias puertorriqueñas acostumbra a ser numerosas (Negi es la mayor de once hermanos) y, como señalan Glazer y Moynihan (1976: 123), el trato que reciben los hijos es diferente al otorgado a las hijas. Los niños tienen mayor libertad para salir a la calle y aprenden a ser autónomos; las niñas son celosamente vigiladas y su virginidad, llave para el matrimonio, se convierte en el bien máspreciado. Así pues, Negi aprende pronto que las mujeres que no son "esposas" pertenecen a tres categorías: "putas", "jamonas" y "señoritas". Los hombres, todos sin excepción, son "sinvergüenzas".

La puta es la mujer que, con sus artes de seducción y su belleza, pone en peligro la estabilidad del núcleo familiar. Su hermosura se convierte en su medio de subsistencia, en moneda de cambio, y hace de ellas, en una sociedad marcada por la pobreza, auténticas cortesanas. Pero para Negi, que las idealiza, resultan atractivas por su libertad y su desinhibición, y por su alejamiento de los roles tradicionales que ella rechaza:

Para mí estaba claro, por sus peleas y por las conversaciones que oía entre mamá y sus parientas y amigas, y por los boleros de la radio, que Papi, al ser un hombre, tenía siempre la culpa de cualquier desdicha existente en nuestra casa.

Los hombres, ya me iba yo enterando, eran unos sinvergüenzas, lo cual quería decir que no tenían vergüenza y que se permitían una conducta que nunca sorprendía a las mujeres pero que les causaba enormes sufrimientos. El mayor de los pecados de los hombres era la otra mujer, que siempre era una puta. Mi imagen de esas mujeres era incierta, ya que no había ninguna en Macún, donde todas las mujeres eran esposas o muchachas que algún día serían esposas. Las Putas, me imaginaba yo, vivían rodeadas de lujo en la ciudad gracias al dinero que los maridos sinvergüenzas dejaban de traer a casa a sus sufridas esposas y descalzos hijos. Las putas llevaban mucho perfume, joyas, vestidos escotadísimos para enseñar sus pechos, tacones altos para marcar bien sus pantorrillas, y laca. Todo esto se pagaba con el dinero con el que se tendría que haber reparado el tejado [...]. Yo deseaba ver a una

puta de cerca para entender el poder que ejercían sobre los hombres, para entender el fragante hechizo que habían tejido sobre los esposos, hermanos e hijos de las mujeres cuyas voces se quebraban con pena, derrota e ira contenida. (30)

Así pues, la comunidad de mujeres estigmatiza a aquellas que no se ciñen a los papeles tradicionales. Tan fuerte es la transgresión que, para explicarla, se llega a atribuir a las putas poderes sobrenaturales y mágicos. Cuando el hermano de su madre aparece en casa con una hermosa muchacha que no es su esposa, Negi se siente atraída por su atuendo provocativo y su simpatía, mientras que su madre monta en cólera. Esa fascinación aumenta al saber que esta "terrible mujer" tiene dos hijos a los que deja "correteando solos por las calles como golfillos mientras ella se va por ahí de juerga". Según una vecina, "algunas mujeres embrujan a los hombres" (41). Pero Negi, después de asistir a innumerables trifulcas entre sus padres, de ver a su madre continuamente desfigurada por los embarazos, y de oírle quejarse y llorar por las aventuras extraconyugales de su marido, empieza a considerar la posibilidad de no seguir los pasos de su madre. En su ingenuidad, la vida de las putas le parece mejor que la pobreza y la traición que atormentan a su madre.

La segunda categoría de mujeres es la de las "jamonas". Así son definidas en la novela, después de ver Negi a una mujer loca deambulando por un mercado:

"Papi, ¿qué es una "jamona?"
"Es una mujer que no se ha casado".
"Pensaba que se llamaban "señoritas".
"Es lo mismo. Pero cuando alguien dice que una mujer es jamona, quiere decir que ya es demasiado vieja para casarse. Es un insulto".
"¿Por qué?"
"Porque quiere decir que nadie la quiere. A lo mejor es demasiado fea para casarse... O ha esperado demasiado... Acaba sola durante el resto de su vida. Como la mujer del mercado".
"Esa sí era fea, desde luego."
"Pues por eso seguramente se quedó jamona".
"Espero que eso nunca me pase a mí.[...] ¿Y cómo llaman a un hombre que no se ha casado nunca?"
"Afortunado [...]" (89)

Como vemos, la belleza es un valor de cambio para el matrimonio. El sistema patriarcal puertorriqueño está fuertemente jerarquizado, y exige que la principal función de la mujer en el ámbito social sea casarse y tener hijos. Por ello, la muchacha que no lo consigue queda relegada al desprecio y a la conmiseración de la comunidad. A veces, incluso, debido a que la falta de marido se traduce en ausencia de liquidez económica, algunas mujeres acaban marginadas, sumidas en la pobreza absoluta o se entregan a la locura, como la mujer del mercado. La belleza física es, pues, un arma para conseguir marido: se trata de complacer al varón y regalarle la vista. Por esta razón, el "piropo" aparece como el tributo que todo hombre debe rendir a una mujer hermosa y como una muestra más de su supremacía. Negi reacciona con horror cuando ve a su madre convertida en un mero objeto de deseo gracias a esas alabanzas:

De camino hacia la parada del autobús, los hombres la miraban, silbaban, susurraban piropos. Con la mirada fija delante de ella, fingía ignorar sus galanterías, pero un par de veces sus labios esbozaron una sonrisa. Yo caminaba a su lado, medio orgullosa, medio asustada. Había oído a hombres cumplimentando a otras mujeres, pero nunca había oído a ninguno dirigirse a mi madre. Cada hombre que dudaba ante ella o que juraba amarla siempre, llevársela a casa con él, dar su vida por ella, la apartaba más de mí. Se había convertido en propiedad pública -ya no era la madre de siete hijos sino una mujer deseada por muchos. (190)

Las reglas son totalmente diferentes para los hombres quienes, como ya hemos visto, pueden ser "sinvergüenzas" con la mayor impunidad. Por esta razón, Negi acaba pensando que tal vez es preferible quedarse "jamona" que casarse y sufrir.

Finalmente, la tercera categoría es la de "señorita". Ser "señorita" quiere decir que la muchacha ha tenido ya su primera menstruación, y que por lo tanto está ya en edad de casarse y tener hijos. Las madres preparan a las hijas para ese momento recordándoles que ya están a punto de ser "señoritas" pero no les dan ninguna explicación concreta respecto a los cambios fisiológicos que van a sufrir, con lo que las muchachas viven sumidas en la perplejidad. La primera menstruación es un momento celebrado por la comunidad de mujeres y las niñas reciben su primer sujetador, aunque puedan haber estado necesitándolo desde hace meses, como es el caso de Negi. El control familiar sobre las hijas se hace a partir de este momento más estricto; en el caso de las puertorriqueñas que viven en Nueva York, acaban convertidas en auténticas prisioneras dentro de sus pisos. Como señalan Glazer y Moynihan (1976: 126), los esquemas familiares isleños fracasan en la ciudad de Nueva York, donde la escuela, el peligro de las calles, las instituciones y las leyes fomentan otro tipo de vida y de relaciones. Así, cuando la madre de Negi decide aleccionarla sobre "las cosas de la vida", la niña ya ha asistido a varias clases sobre este tema en el colegio.

Rodeada de un medio que le es hostil, y a pesar de que estudiosos como Ilan Stavans (1995: 44) señalan la docilidad y la sumisión como características propias de la minoría puertorriqueña, Negi escoge el camino de la rebelión. Rebelión ante una estructura familiar que la protege de posibles peligros pero que también la asfixia, rebelión ante una ciudad que no cumple las expectativas de los emigrantes sobre el "sueño americano", rebelión ante la doble discriminación a que se ve sometida como puertorriqueña y como mujer. El arte, la creatividad y la búsqueda de la belleza serán la única vía de escape para la muchacha. Así, Negi se vuelca de manera intensa en la lectura, que le sirve para aislarse de la fealdad y la sordidez de "El Barrio"; se dedica a contar cuentos e historias que ella misma inventa a sus hermanos y a los vecinos del edificio donde vive, creando momentos de evasión casi mágicos. Y, finalmente, decide estudiar una carrera, arte dramático, para conseguir una vida mejor y poder salir de allí.

Así pues, Negi consigue asumir las claves de su identidad cuando encuentra su lugar en la sociedad como mujer y como puertorriqueña. Al igual que las protagonistas de otras autoras hispanas, como la chicana Sandra Cisneros, la cubana Julia García o la también puertorriqueña Judith Ortiz Cofer, Negi no renuncia a sus raíces pero aspira a hacerse un hueco en la sociedad estadounidense, y, también al igual que ellas, escoge el camino del arte para alcanzar sus propósitos. A partir del momento en que consigue esa liberación, ver hasta qué punto la protagonista inicia un proceso de aculturación o un proceso de asimilación, qué es lo que gana y qué es lo que deja en el camino, debería ser objeto de otro análisis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

SANTIAGO, Esmeralda (1993). *When I Was Puerto Rican*. Nueva York: Random House. La traducción es mía.

CARLOS, Manuel Luis (1988). "Identidad y raíces culturales de los enclaves hispanos de los EE.UU.". En *Hispanos en los Estados Unidos*. Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada (eds.). Madrid: Ediciones de Cultura Hispana, 89-97.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1992). Madrid: Espasa-Calpe.

FLORES, Juan (1993). *Divided Borders. Essays on Puerto Rican Identity*. Houston, Texas: Arte Público Press.

GLAZER, Nathan y MOYNIHAN, Daniel P. (1963). *Beyond the Melting Pot*. Cambridge, Massachusetts: The M.I.T. Press, 1976.²

MELVILLE, Margarita M. (1988). "Los hispanos: ¿clase, raza o etnicidad?". En *Hispanos en los Estados Unidos*. Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada (eds.). Madrid: Ediciones de Cultura Hispana, 131-145.

SHORRIS, Earl (1992). *Latinos. A Biography of the People*. Nueva York: Avon Books.

STAVANS, Ilan (1995). *The Hispanic Condition*. Nueva York: HarperCollins.